

Si á pesar de esto exigís que tenga un sentido mas literal y mas directo la prediccion del Angel del juicio, es fácil daros gusto. Se os presenta un anciano; si sabeis que pronto ha de atacarle una enfermedad mortal, y acabar con él; ¿no podrías con toda verdad decirle: Vuestra hora postrera se acerca? Este es el lenguaje que pudo hablar al mundo el gran Taumaturgo del siglo XIV: y así le habló en efecto y con toda verdad; porque estaban á punto de declararse unos síntomas de muerte, que nadie sospechaba: y el mundo *tocaba al principio de su fin*. La veracidad de esta respuesta se presenta tanto mas inatacable aun á los ojos de la razon, quanto que la historia entera de los siglos posteriores la comprueba con la mayor evidencia. Sin apartarnos de nuestro papel de relator vamos á someter á los hombres concienzudos la apreciacion de los hechos siguientes.

XIX.

Si ha dicho la verdad el Santo al anunciar la *proximidad* del juicio final, han debido presentarse después de su paso los signos precursores de la fin de los tiempos. Estos signos son de dos especies, unos *remotos*, y otros *próximos*. Los hay entre los primeros que están indicados por la tradicion, como son la caída del imperio romano, y el fin del reino de Mahoma, seguido del gran imperio antecristiano. Los otros se hallan consignados en la sagrada Escritura, como la predicacion del Evangelio en toda la tierra, y la apostasia general. Por lo que mira á los signos próximos, están mas bien reservados para acompañar, que para anunciar mucho tiempo antes la terrible catástrofe (1). Se cuentan dos principales: uno es la conversion de los judíos, y el otro la agonía de la naturaleza. De estos dos últimos, el segundo no se presenta todavía, el primero parece que empieza á despuntar ya.

[1] Riccardi, p. 16.

ras muy particulares del hombre de pecado que con el tiempo viene todas á fundirse en un tiempo mas completo. Mahoma, tirano y falso profeta, reúne en su persona todos estos rasgos separados. Desde el momento que se declara el enemigo jurado de los fieles, le parece que el primer deber de su mision infernal es exterminarlos; y desde que se hace el orgulloso rival de Jesucristo, se mete en su lugar entre Dios y los hombres, diciendo y haciendo que dijeran sus seguidores: Dios es Dios, y Mahoma es su profeta. En una palabra, por su violencia, por su doctrina, por su exaltacion y larga duracion de su imperio, es la potencia anticristiana mas formidable que se haya presentado jamás: y lo es, dicen á una voz todos los expositores, porque es grande y el verdadero precursor del hijo de perdicion. "Mahoma escribe uno de ellos, ese árabe digno de toda maldicion, si se le compara con todos los otros que le han precedido, reúne con tanta exactitud los caracteres del verdader antecristo, que casi podría creérsele el solo verdader antecristo que ha de venir. Porque no hay, ni ha habido jamás un hombre mas parecido al

que anuncia la profecía de san Pablo, que "este hombre, el mas malvado de todos los "hombres (1)."

"No queda ninguna duda, continúa el celebre Malvenda, de que Mahoma no es el "verdadero antecristo; pero si se atiende á "los males que ha causado en el mundo este "hombre de perdicion por el establecimiento de su pernicioso secta, con la que ha "perdido una grande parte de la tierra; se "convendrá fácilmente en que Mahoma es "el grande tipo, y el grande precursor del "antecristo (2)."

Cuando predicaba en el mundo san Vicente Ferrer, estaba floreciente el mahometismo; treinta y cuatro años después de su muerte, se levantaba á su apogeo el imperio de la media luna con la toma de Constantinopla; y hablando humanamente no habia nada que hiciese presentir su deca-

(1) Gabriel Prateolo, ó *Du Preau*, muerto sobre la fin del siglo XVI, *Tract. de Sect. et Hæretic.* lib. II verbo *Mahoma*.

(2) De *Antich.* lib. I, c. 25.—Véanse en el mismo autor las palabras no menos formales de san Eulogio de Córdoba, de san Juan Damasceno, etc. etc.

187
dencia y su proxima ruina. Però el Ángel del juicio habia pasado, anunciando que estaba cerca la consumacion de los tiempos; y así, Mahoma, caerás y caerás pronto: debes ceder tu puesto al nuevo imperio, que ha de cerrar la era de las persecuciones con la consumacion de los siglos. Y hé aquí que contra todas las previsiones humanas, el mahometismo comiensa en el siglo siguiente á hundirse sobre sus bases; y la milagrosa victoria de Lepanto le conduce á su agonía (1); y luego después Segismundo, Carlos de Lorena, Sobiski le darán el golpe de muerte. No siendo ya en adelante mas que un viejo pasado, bien podrá agitarse en su lecho fúnebre; pero ya no se levantara mas de él. En efecto que es hoy dia el maho-

(1) Esta decadencia, que san Vicente Ferrer solo anunció indirectamente, lo era directamente por la tradicion que llegaba aun á fijar su época: "Pues el mismo Mahoma, ya fuese inspirado por Dios ó por el diablo, predijo que su secta y su reino duraria mil años. Lo mismo han predicho otros, y por esto se ha hecho voz comun y parecer tanto de los sarracenos como de los cristianos, y que los mahometanos tienen por ciertísima é indudable. . . Así lo dice Teófanés,

metismo? Atado, garroteado y anclado, debe el último soplo de su vida al gigante moscovita, que lo aplastará mañana si le place. Pero entre tanto ya tiene en su corazón el presentimiento de su próximo fin, pues es una tradicion, que hace ya algunos siglos es constante entre los mahometanos, que ha de llegar este fin antes que pase la generacion presente.

Así pues la tradicion cristiana nos indica dos signos, precursores de la consumacion de los siglos: La caída del imperio romano, y la fin del reino de Mahoma. Estos dos signos, cu-

Cedreno, Baronio, Belarmino, Gordonio, Bezovio, Spondano y otros. Estando, pues, ya muy cerca el año de Jesucristo 1630, en el que concluyen los mil años de Mahoma, están esperando que sobre aquel tiempo experimentará el imperio de los turcos y la secta mahometana una grande inclinacion, ó ruina, ó á lo menos un principio de ruina. Algunos hombres célebres por la fama de su santidad y por su espíritu profético, tanto en Italia, como en Alemania, España, etc., han anunciado que de hecho así sucederá. En efecto, el suceso ha verificado estas predicciones, *Vease Cornel á Lapid. en Apoc. c. xx. p. 1313.*

ya aparicion próxima nadie podia prever en el siglo de san Vicente Ferrer, son en el dia manifiestos. Por consiguiente fué muy veraz el enviado del cielo, al anunciar la proximidad del juicio, ya que la conmocion general del mundo, y el principio de su fin, y los signos precursores del uno y de la otra debian seguir tan de cerca sus formidables predicciones.

XX.

Pero salgamos del orden tradicional, y, si así se quiere del terreno de las opiniones, y entremos en el de la certidumbre y de la fé. Las sagradas Escrituras nos revelan dos nuevos signos, como precursores infalibles y verdaderamente característicos de la gran catástrofe, y forman parte de la misma doctrina de la Iglesia católica. El primero es la predicacion del

Evangelio en toda la tierra: *Este Evangelio del reino, nos ha dicho el Criador de los hombres y de los siglos, será predicado en todo el mundo en testimonio á todas las naciones, y entonces vendrá la consumacion* (1). El segundo es la apostasia general, que en varias partes del cristianismo será completa, porque serán dominadas enteramente por el error, y desde ellos se comunicará á los otros produciendo una extenuacion universal de la fé. Volvamos á la historia.

Tercer signo: *La predicacion del Evangelio en toda la tierra.* No habia concluido aún el siglo, que vio pasar al Angel del juicio, y todo prepara el cumplimiento rápido de su palabra: es agitado el mundo con un movimiento desconocido, y se parece á un viejo que tiene el presentimiento de su fin. Vasco de Gama dobla el cabo de Buena esperanza, y abre un ancho camino para llegar hasta los mas apartados países del inmenso Oriente; y Cristóbal Colon, como por un milagro, hace salir un nuevo mundo del seno de los mares occidentales; y hé aquí que el Evangelio, que des-

(1) Matth. xxiv, 14.

Un hombre muy bien informado del estado presente de los judíos nos dice lo siguiente:

“De algunos años á esta parte los israelitas retornan en número considerable, vos sabéis muy bien que yo no exagero y en todos los países, á la santa fé católica, la verdadera religion de nuestros padres: y en todas partes vuestras miradas hayan, gracias á Dios, un gran número de vuestros hermanos regenerados por las aguas saludables del santo bautismo. No somos más que de ayer, podemos decir los israelitas católicos, y llenamos ya las ciudades que habitais, vuestros escritores, los sitios destinados para el comercio y aun vuestros consistorios (1).”

Sea lo que fuere, de si se han presentado en todo ó en parte los otros signos desde la aparición del Angel del juicio, ¿se puede negar la

(1) Drach, *Harmone entre l' Eglise et la Synagogue*, t. I, p. 26; Paris, 1843, p. 27.—El mismo autor cuenta un gran número de judíos, convertidos poco há, y una multitud de señoritas de la misma nacion que han abrazado la vida religiosa en Francia y en Italia. “Se han convertido mas judíos, nos decia poco há el sabio rabino de diez años á esta parte,” que en dos siglos.”

divinidad de su mision? ¿No es muy consecuente y muy legitimo el temor de que las tendencias antecristianas de la época presente no son una crisis pasajera, sino mas bien la preparacion cada vez mas rápida de este imperio formidable, que ha de ser el último perseguidor, y el precursor inmediato de la venida del gran Juez? Volvamos á la historia, y estudiemos los hechos sin parcialidad, y sin ningun deseo de exagerar lo que hay, ó de hallar lo que no existe, antes con toda la serenidad de ánimo del desinterés, y con toda la calma de la razon. Apenas bajó á la tumba nuestro Santo, cuando los signos predichos de los últimos tiempos, que hasta entonces habian estado invisibles, se presentan en el horizonte.

Primera señal: *La caída del imperio romano*. ¿Habeis leído jamás en los Padres de la Iglesia que los cristianos de los primeros tiempos, instruidos por una tradicion profética, rogaban con un fervor especial por la conservacion del imperio romano? era porque miraban su caída como el preludio inminente de la fin del mundo. “Tenemos, dice Teruliano, un motivo muy poderoso para rogar por los Césares, y por la conservacion del imperio; porque sabemos que

“la grán catástrofe que amenaza al universo,
 “y aun la fin del mundo, á la que deben acom-
 “pañar tan horribles desgracias, no es retarda-
 “da sino por la duracion del imperio romano(1).”
 “¿Por ventura hay quien dude, añade Lactan-
 “cio, que la fin de los reinos y del mundo es-
 “tará muy cerca cuando caiga el imperio ro-
 “mano, porque por él se sostiene el universo?
 “Por esto, bajando nuestra frente hasta el
 “polvo, debemos rogar á Dios, que si es po-
 “sible que se difiera la ejecucion de sus de-
 “cretos, sostenga el imperio, para que no ven-
 “ga antes de lo que pensamos el abominable
 “tirano, que ha de echar por tierra el imperio,
 “y apagar esa antorcha, cuya desaparicion lle-
 “vará tras sí la caída del mundo (2).”

“El demonio, dice san Cirilo de Jerusalem,
 “suscitará un hombre famoso, que usurpará el
 “poder del imperio romano, es el antecristo
 “que vendrá cuando se habrá cumplido el tiem-
 “po del imperio romano, y que se acercará
 “la fin del mundo (3).”

(1) Apologet. c. xxxii.

(2) Divin. Instit. lib. vii, de Vit. Beat.,
 c. 25. Id. c. 15.

(3) Catech. xv.

Hace observar san Jerónimo, sobre la segun-
 da carta á los Tesalonicenses, que era prudente
 el que el Apóstol no declarase abiertamente
 que la destruccion del imperio romano debiese
 preceder á la aparicion del antecristo. Y citan-
 do en seguida las palabras de san Pablo, las ex-
 plica de este modo: “Solo que se retire y sea
 “quitado de este mundo el imperio romano, que
 “ahora tiene bajo su poder todas las naciones,
 “y entonces vendrá el antecristo (1).”

San Juan Crisóstomo está todavía mas ex-
 plicito, pues expositando el mismo texto de san
 Pablo, el elocuente patriarca se expresa en es-
 tos términos: “Se podrá pedir lo que entiende
 “el Apóstol por estas palabras: *Vosotros sabeis*
 “*que es lo que impide que él aparezca*; y á mas
 “querrá saberse porque se ha expresado con tan-
 “ta oscuridad. ¿Qué es, pues, lo que impide
 “que él aparezca? Hay unos que dice que es la
 “gracia del Espíritu Santo; y otros que es el im-
 “perio romano, y yo entro plenamente en este mo-
 “do de pensar. ¿Por qué? porque si hubiese que-
 “rido hablar del Espíritu Santo, se hubiera
 “expresado con claridad, y á mas de esto hace
 “ya mucho tiempo que los dones gratuitos ce-

(1) Epist. ad Galasiam, olim 151.

saron. Pero como habla del imperio romano, tiene sobrada razon para cubrir sus palabras de una manera enigmática, para no irritar sin necesidad á los romanos. Dice, pues, "solo que el que está firme ahora, manténgase, hasta que sea quitado de enmedio; esto es, que vendrá el antecristo cuando será quitado del mundo el imperio romano. Cuando sea destruido este imperio, le hallará vacante el antecristo, se apoderará de él, é intentará alzar se con el imperio de los hombres y aun del mismo Dios. Porque, al modo que han sido destruidos los otros imperios que han precedido, como el de los Medas por los Persas, el de los Persas por el de los Macedonios, el de los Macedonios por el de los Romanos; así este lo será por el antecristo, y el antecristo mismo será exterminado por Nuestro Señor Jesucristo. Daniel nos lo demuestra de una manera evidentísima (1)."

Este mismo es el lenguaje de san Agustín, de san Optato de Milevi, de Teofilacto, de Eucumenio, de los mas ilustres de los Padres, y del comun de los escritores eclesiásticos y de los

(1) In II Thessal. Homil. iv.

expositores(1). Finalmente esta tradicion ha entrado á formar parte de la enseñanza católica, no por cierto como dogma de fé, sino con toda la autoridad de los grandes personajes que la sostienen. ¿Cuáles son, pide un catecismo justamente célebre, y todo punto ortodoxo, los signos próximos del juicio? Los principales son tres: La predicacion del Evangelio por todo el mundo, el imperio romano abolido por una rebelion general y la venida del Antecristo(2).

En ciertas épocas, engañado el vulgo por algunos signos aparentes ha podido creer que estaba cerca el fin del mundo; pero los hombres superiores no adoptaron este modo de pensar. Porque fundados en la grande tradicion, que acabamos de exponer, decian: "No vendrá el Antecristo, que es el precursor inmediato de la fin de los tiempos, sino después que esté abolido el imperio romano, como lo expresa el pensamiento claro y cierto de san Pablo y de los Padres; y como es evi-

(1) Ambros. Optat. Milev. contr. Donat. lib. II.— Véase Malvenda, de Antichrist. lib. IV c. 18.

(2) Catecismo de Turlot, 15.a imp. de Lion en 1684.—Podriamos citar otros varios.

“dente que subsiste todavía en Alemania el imperio romano, está claro que no vendrá el Antecristo que no sea destruido este imperio. Mas una vez que esté destruido este, se manifestará el grande imperio anticristiano(1).” Habiendo atravesado fielmente los siglos esta creencia, ha sido el objeto de la Iglesia, los cuales todos han creído que la caída del imperio romano sería el preludio inminente de la consumacion de todas las cosas(2).

Ahora pues, ya sea que con la comun de los intérpretes entendámos por el imperio romano, este imperio puramente temporal, que, reunido en la persona de Constantino, se dividió en dos partes bajo los sucesores de este príncipe, y se perpetuo en Oriente en los emperadores de Constantinopla, y en Occidente en Carlo Magno y en los emperadores de Alemania; ya, como opina Santo Tomás (3), deba tambien entenderse del imperio espiritual, ejercido por el Pontífice romano sobre las na-

[1] Malvenda, *de Antich.* lib. v. c. 20.

[2] Véase Cornel á Lap. in *II Epist. ad Thess II*, t. IX, pars altera, p. 707, edit. Lugdun.— Véase lo que añade allí mismo

[3] Comment, in *II Epist. ad Thess, II*, lect. I.

ciones cristianas, ¿es posible no ver hoy dia ya casi consumada la caída de este imperio?

Solos treinta y cuatro años habíanse pasado desde el espantoso anuncio del Ángel del juicio, y la señal precursora ya comenzaba á paecer; porque en 1453 el terrible Mahomá II se apoderó de Constantinopla, y cortó el ramo oriental del grande árbol romano. Quedaba todavía el ramo occidental; pero desde fines del siglo XVI se le ve aniquilarse, y los hombres de talento tiemblan y presagian su muerte(1). Finalmente á principios de este siglo le hemos visto perecer en la destruccion de los Electores, y en la renuncia solemne al título y á los derechos de emperador de los romanos, que hizo Francisco II tomando en su lugar el modesto nombre de Francisco I, emperador de Austria(2). Así pues, hace ya cuarenta años que no existe, ni aun de nombre, el imperio romano.

Y el poder espiritual del romano Pontífice sobre las naciones cristianas ¿en qué ha venido á parar? Para la parte protestante de la Europa el Papa es el antecristo; y para el

[1] Cornel. á Lap. loc. cit. p. 708, n. 7, Malvenda *de Antich.* Bibl. de Vence, t. XXIII.

(2) En 1806.

resto es un soberano *extranjero*. ¿Qué reino hay en que se le mire como el oráculo, el regulador, el padre obedecido y realmente poderoso de los reyes y de las naciones como naciones? Los principios políticos que en todas partes se profesan, la indiferencia, por no decir otra cosa, con que los hombres de Estado miran las doctrinas del catolicismo las burlas y las alocuciones de los Pontífices dan una respuesta triste pero elocuente á esta pregunta. Ahora, pues, que se nos diga: ya que la caída del imperio romano, signo tradicional de la última catástrofe, debia empezar inmediatamente despues de haber pasado el Ángel del juicio, ¿ha tenido razón para anunciar con toda verdad en su tiempo que el mundo se acercaba á su fin?

Segundo signo: *La caída del reino de Mahoma*. Entra en los destinos de la Iglesia el tener que luchar contra un grande imperio, que la tendrá siempre estrechada hasta que vuelva al cielo. Al salir del cenáculo se halló con el mundo de los Césares, que á manera de un gigante, armado de una hacha sangrienta, durante muchos siglos descargó sus golpes noche y dia sobre la inocente victima. Cuando el imperio romano se

hizo el hijo del Evangelio, soltó la hacha embotada de la persecucion, y la cogió Mahoma. Por el espacio de cerca mil años el mahometismo inunda de sangre cristiana y cubre de ruinas cristianas el Oriente y el Occidente. Cuando ya no tenga mas fuerza, para matar y desolar, legará la hacha á su sucesor, quien segun la tradicion cristiana, ha de ser el gefe del grande imperio anticristiano, último perseguidor de la Iglesia (1).

Aun cuando fuese ménos constante y expresa sobre este punto la tradicion de la Iglesia, la simple observancia de las leyes de la Providencia bastaría por si sola para conducirnos á la misma conclusion. Al modo que en el orden de la naturaleza no se hace nada de golpe ni por asalto; así en el orden espiritual todo va progresando, á veces con len-

[1] Véase Cornel. á Lap. in c. 20 Apocal. t. X.—Itém in c. VI Apoc.—Véanse tambien Joachim, Panoat, Pereira, etc. in c. xx Apoc. 5, t. X.—La conducta que han observado constantemente los soberanos Pontífices prueba que han mirado siempre el mahometismo como el enemigo capital del nombre cristiano. Véase la vida de san Pio V, escrita por Catena, hacia el fin. El abate de la Cheterlie

itud, mas siempre las unas cosas están en cadenas con las otras; y así es como en cada una de sus obras se descubre á aquel que hace todas las cosas con número, peso y medida. El solo no se presenta de repente en el Oriente, sino que su presencia radiosa es preparada por la claridad de la aurora, y esta es precedida por las luces mas suaves del alba, que tambien son anunciadas por los inciertos vislumbres del crepúsculo.

Una cosa semejante se verifica en el bien y el mal, en la verdad y el error, que no llegan de repente á su apogeo; sino que se desarrollan poco á poco en los individuos, en las familias, en las naciones, y últimamente en todo el mundo, marchando siempre con

añade: "Léase Ducas, Fhranzés, y los otros que no se hallaban en Constantinopla, cuando cayó en poder de Mahoma II, emperador de los turcos, y se verá que le miraban los fieles como precursor del Antecristo, le llamaban así, y le aplicaban los pasajes de la Escritura, principalmente del Apocalipsis, que miran á este último como al enemigo de Jesucristo; y por un secreto instinto de religion, y por este espíritu de profecía, que se ha conservado siempre en la Iglesia, publicaban que los días del Antecristo eran llegados."

paso igual su incremento paralelo. Hace indispensable este equilibrio la continua lucha, que ha de existir siempre entre las dos ciudades. No citaremos mas que un ejemplo: Cuando el error, despues de haber recorrido el inmenso círculo de variaciones y negaciones, de que el hombre es capaz, huvo envuelto el mundo pagano en sus mas espesas tinieblas; cuando segun la frase enérgica de Bossuet, todo fué Dios menos el que lo es verdaderamente; se os presenta el Sol de la verdad, anunciado por tantos siglos, en las alturas de los cielos, rodeado de los mas vivos resplandores y disipando todas las tinieblas, á fin de restablecer la igualdad de fuerzas en el combate.

A mas de esto, á la manera que se hacian cada vez mas claras las profecias de Nuestro Señor, y mas cómpleta la preparacion de sus caminos, á medida que se acercaban mas la plenitud de los tiempos; así los precusores del antecristo se presentan cada dia mas parecidos con él á medida que le anuncian de mas cerca. Segun el testimonio de los padres de la Iglesia, Antioco, Neron, Diocleciano, Simón Mago y Ario, son figu-